

INMACULADA ANAYA REVUELTA

LA DEFINICIÓN ENCICLOPÉDICA.
ESTUDIO DEL LÉXICO ICTIONÍMICO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid, 1999

ÍNDICE GENERAL

	<i>Páginas</i>
PRÓLOGO	XI
I. ASPECTOS RELACIONADOS CON LA MACROESTRUC- TURA DEL DICCIONARIO	1
1. ESTABLECIMIENTO DE UNA TERMINOLOGÍA «OFICIAL»	3
2. CRITERIO SEGUIDO EN LA SELECCIÓN DE VOCES	8
3. VOCES Y/O ACEPCIONES QUE INCORPORAN EL DRAE 92 Y EL VOX 97	12
II. SINONIMIA, POLISEMIA Y HOMONIMIA EN EL LÉXICO ICTIONÍMICO	39
1. LA SINONIMIA Y LOS «GEOSINÓNIMOS»	42
2. POLISEMIA Y/U HOMONIMIA	45
2.1. El reparto de papeles	45
2.1.1. <i>La concepción estructural-funcional</i>	45
2.1.2. <i>La concepción prototípica</i>	49
2.2. Problemas de lematización	52
2.3. La Polisemia: fuente de valores connotativos	55
III. ASPECTOS RELACIONADOS CON EL PRIMER ENUN- CIADO DE LA DEFINICIÓN	67
1. INTRODUCCIÓN	69
2. LA ETIMOLOGÍA	70
3. AUSENCIA DE NOMBRES LATINOS	73

	<i>Páginas</i>
4. EL EMPLEO DE MARCAS EN LOS TÉRMINOS ICTIONÍMICOS DEL DRAE	74
4.1. Las marcas geográficas	74
4.1.1. <i>Las marcas geográficas en el DRAE 92 y en el VOX 97</i>	77
4.1.2. <i>Relación con otras ediciones del DRAE (1984 y 1970)</i>	80
4.2. Las marcas de ámbito	83
5. OTRAS INFORMACIONES	84
 IV. LAS DEFINICIONES ICTIONÍMICAS EN EL DRAE	 87
1. SOBRE LOS TIPOS DE DEFINICIÓN	89
2. LA ESTRUCTURA FORMAL: ANÁLISIS COMPONENTIAL	92
3. NATURALEZA DE LA DEFINICIÓN SEGÚN EL METALENGUAJE EMPLEADO	103
3.1. Propiedad/Improperiedad de la definición enciclopédica	
3.2. Las definiciones sinonímicas	106
4. CARACTERÍSTICAS DE LA 'DEFINICIÓN ENCICLOPÉDICA'	110
5. DEFINICIÓN DE LA 'DEFINICIÓN ENCICLOPÉDICA'	114
 V. UNA PROPUESTA DE DEFINICIÓN	 117
1. ¿QUÉ DECIR EN LA DEFINICIÓN ENCICLOPÉDICA?	120
1.1. Niveles de categorización biológica	120
1.2. Una premisa: no puede haber definición sin análisis sé- mico	122
1.3. Explicación del método	123
1.4. Aplicación	128
2. ASPECTO FORMAL: ¿CÓMO DECIRLO?	144
 VI. BIBLIOGRAFÍA	 147
 VII. APÉNDICE	 161

PRÓLOGO

No podemos decir que la ictiología sea un campo trillado de nuestra lexicografía. Por eso tener entre las manos un libro como este es, sí, sorprendente, pero apresurémonos a decirlo, abrumador. Sólo una voluntad muy decidida puede aventurarse en la procela que nos acecha. Procela sin valores poéticos y sin afanes de rebuscar misterios. Sólo la pretensión de iluminar claridades. Asombran mucho más los hechos porque este primer libro nos acredita un cúmulo de saberes, una madurez de juicio y un amor al orden que resultan sorprendentes. Todas estas virtudes para mí son admirables. Acaso porque sea yo la persona que menos debiera sorprenderse, pero resulta que cada día los tenemos bajo nuestros ojos y vemos madurar los saberes; es lo consabido. Pero el tiempo pasa y, de pronto, encontramos la madurez lograda. Es lo que nos atrae de estas páginas: el valor de enfrentarse con los problemas y la gallardía de buscarles solución. Así son las cosas, los nombres de peces son enrevesados porque no parten de hechos consabidos: ¿quién duda que *perro*, *gato* o *toro* son enunciados con un contenido obvio? A nadie se le ocurre dudar de que las cosas son así, y con ello basta. Pero si vamos a una lonja de pescadores tendremos que explicar el porqué de esas voces o de otro centenar que podría ir aduciendo. Pero unas veces será el aspecto externo o el ruido sentido o la metáfora poéticamente surgida para que aquel ser virginalmente hallado se adhiera a una realidad que ya queda trasplantada a un mundo que no le pertenecía. Porque el hombre ve u oye, pero ve y oye según sus circunstancias o según la sorpresa que amaga. Vemos un pez con extraño prestigio: los más venerables poetas, o los artistas más refinados lo acogieron en sus creaciones. Decir que es el *Scarus cretensis* acaso no nos diga mucho: es la terminología científica, austera, objetiva. Pero aquel pez de exquisito sabor, en la Isla

de Canaria se llama *vieja* y en Inglaterra *parrotfish*. ¿Cuál es el mayor acierto? ¿El aspecto de una anciana venerable o el parecido con un ave parlanchina? Algo es evidente: cada hombre, digamos, cada grupo de hombres, ha sentido de modo distinto la realidad que lo atosiga y obtenemos esos resultados tan sorprendentes. O los otros hallazgos de llamar de modo distinto a una misma criatura. Y entonces resulta que los rasgos pertinentes de los seres son distintos según sea la interpretación de quien contempla: sí, la realidad tangible hace que nuestra contemplación sea cambiante. Unas veces porque se recurre a las onomatopeyas, otras porque la etimología ha sido deturpada: ¿quién al oír *chonuco* ‘cochinillo’ piensa que se ha perdido un *le* que nos lleva a *lacte*? En el mundo de los peces se ha llegado a los mismos cambios. Se nos dirá de creaciones onomatopéyicas, de fonética imitatoria o como queramos llamarlo, pero ¿por qué un francés escucha *coquericó* y un español *quiquiriquí*? Y la nueva circunstancia, digamos marina, nos manifiesta un modo «reajustado a nuevas realidades». A nadie nos asombra que haya un *perro* (*Pre-todes erumei belcheri*) o un *chucho* (*Raja clavata*) pero, ¿por qué?

Poner en orden estas creaciones es arriscado atrevimiento, pero cualquier hecho científico no es otra cosa que un aliciente para que el investigador valore una parcela del mundo. Inmaculada Anaya lo intenta en este libro, pero, de pronto, todo lo que está claro —eso creemos, al menos— en la circunstancia en la que posamos nuestras plantas, sobre unos sentidos enmarañados si queremos poner en orden lo que es un mundo caótico. He dicho *perro*, *gato*, *toro* y todo está claro, pero ¿por qué esos nombres al enfrentarnos con los seres que se sumergen en las aguas? Se me dirá, y alguna vez será válido, por comparación con la realidad mejor conocida. No diré que no. Pero ¿y en otros mil casos? Diré *obispo*, *doncella* o *chiva*. En este libro se estudia, con rigor y con claridad, una maraña a la que hay que ordenar. Y entonces el lector queda sorprendido: de una parte, el establecimiento de una terminología oficial, porque de otro modo no nos entenderíamos, pero aparecen otra serie de ordenaciones como *sinonimia*, *polisemia*, y *homonimia*, lo que está muy bien. Pero ¿y las marcas? ¿Y las *definiciones*? Todo intenta establecer un orden digamos científico, pues «no puede haber definición sin análisis sémico» Y esto se enreda todavía más, porque no sabemos dónde está la exactitud de la definición. Tomo un ejemplo del libro: para el *Diccionario de Autoridades*, la *acedia* es un «pescado muy semejante al

lenguado, o especie de él, sólo que es más pequeño y plano: no tiene escamas, y es muy sabroso y sano». Está bien pero, ¿sabemos lo que es el *lenguado*?, ¿y la relatividad de los adjetivos *sabroso* y *sano*? Se nos dirá que en el siglo XVIII no conocían las precisiones que ahora conocemos. Cierto. Pero en 1992 la Academia nos decía que lo científico es aclarar «pez teleósteo marino, anacanto; semejante al lenguado, pero de escamas más fuertes y unidas, y color pardo con manchas amarillas en la cara superior. Vive en el fondo de las desembocaduras de los ríos al norte de España y su carne es poco apreciada» ¿Hemos adelantado mucho? El curioso que va a esa lonja de pescado de la que hablé ¿habrá resuelto mucho con *teleósteo* y *anacanto*? Son precisiones para quien ya sabe. Lo de las *manchas amarillas* es una descripción formal que tal vez no diga lo mismo a todos los que lo contemplan; lo del *norte de España* y sus ríos es muy relativo y en cuanto al *aprecio de su carne*, no poco tendríamos que hablar. No emito ningún juicio de valor, sino que señalo la dificultad de definir ¿Cómo? ¿Con qué validez? ¿Para qué? Y esto con referencia a un ser que todos conocemos y que acaso hayamos encontrado en él algo más que el desprecio de su carne.

Asomarnos a las páginas de este libro es pretender explicar una nueva realidad y entenderla por mil razones que Inmaculada Anaya intenta reducir a cánones científicos ¿Lo ha conseguido? Para mí sí, en aquello que se ha propuesto. Decir que una obra, por importante que sea, resuelve todos los problemas que tenemos planteados es una utopía que de poco sirve. Este es un libro muy valioso; lo ha escrito una mujer muy joven y, por tanto, llena de valor. Yo, desde esta ladera, veo a la muchachita que venía a mis clases. La veo con su presencia total. Y pienso que el ser maestro a veces tiene grandes justificaciones.

Manuel Alvar